

Evolución de la Ciencia Política

Así como los cazadores no se dan cuenta de que los árboles no dejan ver el bosque, así también los analistas políticos no siempre perciben que los problemas de su tiempo no les permiten enfocar sus estudios con perspectiva histórica, pese a tratarse de una disciplina que ha evolucionado muy profundamente. Puede ser útil sintetizar esa evolución a grandes rasgos. Por lo demás, esta evolución se inserta en los profundos cambios que están enfrentando las ciencias sociales, bajo los cuales subyace una nueva epistemología.

Por lo tanto, este ensayo pretende mostrar los principales cambios que experimentó la ciencia política durante el siglo XIX, a modo ejemplar y sin profundizar a *ethos*, y vincularlos con sus antecedentes y propósitos no pretende ser exhaustivo, sino que se limita a seleccionar algunas de las manifestaciones más destacadas dentro de los estudios políticos en cada una de sus etapas, que permitan proponer una interpretación acerca de la evolución de la disciplina. Además se trata de una selección personal y, por lo tanto, arbitraria. Contribuyó a ello la escasez de análisis sobre el tema con los cuales comparar la interpretación que se propone. Debido a que aquí se cita en una perspectiva histórica una literatura amplia y conocida no se incluyeron referencias bibliográficas, excepto algunas de las más modernas e influyentes respecto de estos cambios, que sirvieron para esbozar el marco general de estas reflexiones, y que se citan al comienzo.

Debe advertirse que este ensayo fue elaborado desde el punto de vista amplio de las ciencias sociales, incluyendo la reflexión general sobre la sociedad y la cultura, y que seguramente las conclusiones habrían sido diferentes si esta labor se hubiera circunscrito al ámbito de la ciencia política. Esta opción se cimenta en la hipótesis de la indivisibilidad de las ciencias sociales y, más particularmente, en la de que, a través de sus corrientes actuales, la ciencia política se está reintegrando al amplio campo de la reflexión social de la cual fue la iniciadora.

1. LOS ORÍGENES DE LA REFLEXIÓN SOBRE LA POLÍTICA

Aunque estas notas se refieren a la evolución de la ciencia política durante el período contemporáneo, es conveniente recordar sus orígenes históricos, pues la política no nació ayer ni tampoco la reflexión en torno a ella.

Lo primero que llama la atención es que la política constituyó el punto de partida de la reflexión sobre la sociedad, o de lo que hoy denominaríamos como las ciencias sociales, en circunstancias que en el mundo contemporáneo la ciencia política se consolidó después que la economía y la sociología. En efecto, para los griegos - y después para los romanos - la política se refería al gobierno de la ciudad, que era la forma adoptada por la vida social en esa época, y a las reglas u orientaciones que ésta debería seguir para asegurar a sus miembros - esto es a los ciudadanos - una buena vida (término comúnmente empleado para significar lo que hoy se entiende como "calidad de vida"). Por eso el pensamiento y las obras referentes a la política están llenos, en esa época, de reflexiones sociológicas, económicas, jurídicas y morales.

Entre esos análisis se cuentan B. Barber, *Strong Democracy*, University of California Press, 1984; A. Bloom, *The Closing of The American Mind*, Touchstone, 1987; N. Bobbio, *El Futuro de la Democracia*, México, FCE, 1986; P. Bourdieu, *The Logic of Prac-*

tice, Stanford University Press, 1991; R. Chilcote, *Theories of Comparative Politics* (segunda edición), Westview Press, 1994; Ph. G. Cerny *The Changing Architecture of Politics*, SAGE, 1990; W. Connolly, *Political Theory and Modernity*, Blackwell, 1988; R. Dahl, *Democracy and its Critics*, Yale University Press, 1989; J. Fishkin, *Democracy and Deliberation*, Yale University Press, 1991; A. Giddens, *The Consequences of Modernity*, Stanford University Press, 1990; A. Giddens, *Modernity and Self Identity*, Stanford University Press, 1991; D. Held, *Political Theory Today*, Stanford U.P., 1991; D. Held (ed), *Prospects for Democracy*, Stanford University Press; D.R. Kieviet y M.D. McCubbins, *The Logic of Delegation*, Chicago, 1991; R. Inglehart, *Culture Schifin Advanced Industrial Societies*, Princeton, 1990; S. Lash y J. Friedman (eds.), *Modernity and Identity*, Brackwell, 1992; Ch. Lasch, *The Revot of Elites*, Norton, 1995; B. Honig, *Political Theory and The Displacement o Politics*, Cornell University Press, 1993; P. Hadsen y J.M. Shafritz, *Essentials of Gobernmental Ethics*, Meridian, 1992; R. Reich, *The Power of Public Ideas*, Harvard University Press, 1988; G. Sartori, *The Theory of Democracy Revisited*, Chatham House, 1987; S. Rosen, *Hermeneutic as Politics*, Oxford University Press, 1987; G. Sartori, *La Democracia Después del Comunismo*, Alianza Editorial, 1993; S. Seideman, *The Posmodern Turn*, Cambridge, 1994; A. Seligman, *The Idea of Civil Society*, Free Press, 1992; S. White, *Political Theory and Postmodernism*, Cambridge University Press, 1991 y D. Zolo, *Democracy and Complexity*, Penn University Press, 1992.

Algo más que llama la atención en el pensamiento antiguo es, precisamente, la indisoluble vinculación que se da entre la reflexión sobre la sociedad y la política, por una parte, y la ética por otra. Puede decirse que en la civilización clásica la reflexión política carecía de sentido y de motivación en la medida en que no tuviese por finalidad, no solamente proporcionar una descripción mecánica del funcionamiento de esos sistemas, sino ayudar a esclarecer en qué forma ellos podían contribuir al fortalecimiento de los valores y virtudes cívicos de carácter ético y a mejorar el desarrollo de la persona.

• Otro aspecto que conviene destacar es la continuidad que mantuvo el pensamiento político durante la época clásica no obstante las marcadas diferencias existentes entre la cultura griega y la civilización romana. Por una parte, la experiencia política griega se basó en la coexistencia y en la vida interna de un conjunto de ciudades-estado mientras que los romanos, a partir de un puñado de pueblos que habitaban el Latio y principalmente la ciudad de Roma, pronto crearon un imperio. Por otro lado, mientras que los griegos explicaron la vida política - la de la ciudad - a partir de sus propias preferencias por la reflexión filosófica, ética y pedagógica, los romanos lo hicieron en función de las suyas, que eran más prácticas y estaban orientadas hacia la ingeniería, las artes militares y el derecho.

En todo caso, la política se concibe como la convivencia de las personas dentro del marco de la polis y bajo la regla de sus autoridades, las que comenzaron siendo muy participativas para adoptar luego una tendencia hacia la concentración del poder, que va desde la asamblea reunida en el ágora de las ciudades griegas hasta los emperadores y los generales de las legiones romanas.

Los conceptos fundamentales utilizados más tarde en el análisis político nacieron de aquella experiencia. La relación entre el hombre y la sociedad (o la ciudad); la importancia de la educación del ciudadano; la relación entre política y moral, y la importancia de la justicia; la existencia de una cosa pública (res pública), que se define por ser de interés común, y no puramente privado; la sucesión de los regímenes de gobierno: oligarquía, democracia y tiranía, y el papel no sólo regulador sino también valórico y educador de las leyes que gobiernan la ciudad, son otros tantos conceptos nacidos en la antigüedad, cuyos orígenes pueden trazarse hasta La República o Las Leyes de Platón y La Política de Aristóteles.

Su vigencia no es desmentida, sino más bien subrayada, por su desaparición durante la edad media y su revalorización en la edad moderna. A diferencia del imperio romano, que fue una construcción política, los elementos políticos fueron muy débiles

en la edad media. Fue esta una sociedad esencialmente religiosa; rural y guerrera. La distinción entre las esferas públicas y privada prácticamente se borró, desapareciendo la separación que entre el hogar, la plaza y el mercado; la corte y el dormitorio de los reyes, o entre el patrimonio del monarca y el tesoro público. La autoridad también dejó de estar basada en una legitimación ciudadana, o de origen público, quedando distribuida a través de una larga cadena de mandos y lealtades personales entre el emperador o el papa y los monarcas, entre éstos y los señores feudales, y entre señores y vasallos, de naturaleza fuertemente privada.

Fue necesario esperar la aparición de una serie de elementos extraños a la sociedad feudal - como el comercio, las finanzas, la burguesía y las ciudades - para que en ese nuevo espacio urbano, independiente de la autoridad de los señores, renaciese el sentido de un interés público y la necesidad de un gobierno propio para administrarlo. Al mismo tiempo, la sociedad civil, que desde San Agustín no era más que una multitud humana reunida por la común aceptación de un estado y un derecho cuya forma era relativamente indiferente, pues en definitiva su inescrutable destino estaba en manos de Dios (siendo imposible que éste hubiera dejado a esos reinos fuera de las leyes de la Providencia), cobra una connotación positiva que determina un renacer de la política entendida como la búsqueda del mejor gobierno posible.

La reflexión política desde entonces gira en torno a esa búsqueda, expresándose en diversas corrientes y contracorrientes. Así, en la época del absolutismo, estas giran entre los idealistas como Moro, Grocio, Vitoria, Suárez y otros, o los realistas representados por pensadores que van desde Maquiavello a Hobbes. El pensamiento ilustrado, precursor de las revoluciones americana y francesa, tiende también a oscilar entre las tendencias utilitaristas, liberales y moderadas, que van de Locke a Montesquieu, y las propuestas utópicas, contractualistas y sociales (hoy se diría populistas), simbolizadas por Rousseau.

Es conveniente repetir que aunque este ensayo se refiere a la evolución de la ciencia política en el período contemporáneo, tanto los problemas planteados durante la antigüedad clásica - la política como la relación entre el hombre y la sociedad, el ciudadano y el estado - como las diversas corrientes en que se dividió esta reflexión durante la época moderna - idealismo o realismo, populismo o liberalismo - siguen hoy constituyendo las cuestiones fundamentales del pensamiento político. Al mismo tiempo, y en contraste con aquella herencia histórica, también es interesante observar que la ciencia política contemporánea privilegió, en sus diversas vertientes, lo que aquí denominamos como "formalismo cuantitativo", centrado en el análisis de determinados sistemas, funciones o comportamientos, convenientemente acotados para poder ser objeto de investigación científica, cuyos parámetros y leyes eran definidos previamente por los propios científicos políticos, quienes de esta manera evitaron indagar en las tendencias históricas de las que dependía la probabilidad de que en definitiva prevaleciera una u otra de esas opciones, y por supuesto en los valores que estaban detrás de ellas.

El desarrollo de las ciencias sociales en la época contemporánea se inicia con el interés en reflexionar en torno a las leyes de la economía política - cuya importancia es destacada por la revolución industrial y lo será posteriormente por la era del imperialismo - por parte de Adam Smith, David Ricardo y otros, quienes desarrollaron las teorías del comercio internacional, de las ventajas comparativas, del funcionamiento del mercado y de la formación de los precios, estimulados por la experiencia del desarrollo industrial y del consiguiente incremento del comercio.

La extraordinaria prosperidad a que dieron lugar los fenómenos anteriormente mencionados creó sociedades más afluentes, complejas y desiguales, con una continua transferencia desde el campo a las ciudades, estimulando el nacimiento de una reflexión sociológica más autónoma y específica que en el pasado, bajo el liderazgo de Durkheim, Comte, Tonnies o Weber, y centrada en

los problemas de la estructura y la estratificación social, las relaciones entre las distintas clases y los márgenes de movilidad social, los fenómenos de la socialización y de la comunicación, o de la cooperación y el conflicto en esas sociedades.

La magnitud y complejidad de los problemas nacionales e internacionales desarrollados a partir de fines del siglo pasado centraron la atención social en el fenómeno del poder, en la forma en que el gobierno se organizaba para enfrentarlos y en las soluciones que éste daba, fenómeno que pasó a constituir el objeto de la ciencia política.

De esta manera se separaron, como disciplinas académicas, la economía, centrada en el mercado; la sociología, en la sociedad, y la ciencia política en la autoridad. Esta separación, cabe señalar, no se debió tanto a las características intrínsecas de cada una de estas esferas cuanto a los intereses institucionales, de carácter académico, de las universidades o departamentos en que se insertaron estas disciplinas.

2. EL ANÁLISIS POLÍTICO ANTES DE LA II GUERRA MUNDIAL

El preámbulo anterior era necesario para entender la evolución de la ciencia política en el período contemporáneo. Todos los fenómenos sociales son fenómenos históricos. Entre muchas revistas del mismo género, los franceses tienen una muy hermosa, que lleva el afortunado título de "todo es historia". Von Ranke declaró en el siglo pasado que los dirigentes políticos y los simples ciudadanos que no conocía la historia estaban condenados por ésta a repetirla.

La ventaja de la historia, para los que no administran sus museos, es que permite definir como valiosos antecedentes aquellas experiencias que ésta condenó al fracaso o a la muerte y seleccionar las que están vigentes como objeto de análisis. El pensamiento político durante los cien años que precedieron a la II Guerra Mundial

contó entre sus influencias dominantes con cinco corrientes de pensamiento varios de los cuales hoy han perdido en su totalidad, o en gran medida, su vigencia: el anarquismo y el sindicalismo de Bakhunin y de Sorel; el nacionalismo de Peguy, Barrés, Maurras, Mazzini y Fichte; el marxismo leninista; los socialismos no marxistas, y el fascismo y el nacional-socialismo.

Hay, en cambio, cinco corrientes que penetran hasta la mitad del siglo XX. Entre las tradicionales, se cuentan el marxismo leninismo; un socialismo no marxista, sino preponderantemente sindicalista, que surge primeramente en Inglaterra con la Sociedad Fabiana y el Partido Laborista y llega a difundirse en Europa bajo el ideal socialdemócrata; el tradicional conservadurismo inglés, renovado por Disraeli, y cultivado en Francia por Taine, Romains y Aron, éste en su última etapa, y el liberalismo representado por Von Mises, Jouvenel, Burham y Lippman. A estas cuatro corrientes tradicionales que se prolongan en nuestro siglo debe agregarse la relación entre cristianismo y democracia a través de la doctrina social y política de la Iglesia, de personajes como Don Sturzo, Bernanos o Mauriac, y las obras de Mounier y, sobre todo, de Maritain.

Sin embargo, la corriente más influyente en la disciplina continúa siendo durante mucho tiempo la escuela institucional, en que se mezclaban influencias históricas, jurídicas y sociológicas como en Finer, Gurvitch, Duverger, Burdieu, y posteriormente Apter, Eckstein, Friedrich, Laski y otros.

Cabe advertir en este obituario de posiciones desaparecidas, y en esta lista de sobrevivientes, que en el siglo pasado, un siglo posrevolucionario, restauracionista y, posteriormente, cuestionador, revisionista y turbulento, la reflexión en este campo estuvo mucho más directamente vinculada a movimientos políticos que durante el resto de la edad moderna. Por eso es difícil encontrar un puente entre esas corrientes ideológicas y el sentido, el método y los parámetros sobre los cuales posteriormente se construyó la ciencia política a lo largo del siglo XX. A mi juicio esto es más valedero, a

diferencia de los enfoques conservadores, liberales y social-demócratas, en el caso de la visión social cristiana, en parte por estar ligada a una corriente confesional, lo que la ha orientado más a inspirar movimientos políticos que a proporcionar perspectivas para el trabajo teórico (no así en el plano filosófico, ético o humanístico).

¿Qué hay de valioso en el pensamiento político de la primera mitad del siglo XX, desde el punto de vista de su intención analítica y no puramente política, así como también de sus elementos de continuidad y contraste con el desarrollo de la ciencia política a partir de la II Guerra Mundial?. Con referencia a este período, debido a su cercanía histórica, se acentúa el carácter selectivo y arbitrario de los casos escogidos.

Aquí tal vez la influencia fundamental sea la del poderoso Max Weber, con su indagación por la matriz cultural de los fenómenos políticos, como el papel de la ética protestante en el nacimiento del capitalismo y - tal vez - de la democracia; sus estudios sobre la autoridad, tradicional, carismática, o racional; con su análisis de la burocracia como la tendencia y elemento central de los modernos estados industriales, y su empleo de los tipos ideales como instrumento heurístico que permite agrupar un conjunto de fenómenos políticos y sociales dentro de grandes categorías interpretativas. Tal vez la explicación de la amplitud, las aparentes polaridades, o el equilibrio de Weber se deba a que, como señaló alguien, él era en el fondo un liberal que sentía temor frente a los excesos de la racionalización de la existencia y a su expresión en un gran estado burocrático.

Por el camino que abrió Weber, siguiendo distintas direcciones, entre fines del siglo pasado y la primera mitad del XX discurre el pensamiento de algunos analistas notables. Gaetano Mosca acuñó y difundió el concepto de que existe una "clase política dirigente", que ejerce un papel decisivo en el gobierno de la sociedad, debido a que interpreta y refleja los valores y el sentido de la misma. Esa

clase política puede ser más abierta o más cerrada, incluso independientemente de que se desempeñe dentro del marco de regímenes autocráticos o liberales. Para él el poder no puede ser ejercido por el conjunto de los ciudadanos sino por una minoría organizada y, cuanto más amplia es la comunidad política, menor es el número posible de los gobernantes. Las relaciones entre la clase dirigente y la sociedad o la ciudadanía es, para él, el objeto principal de la ciencia política.

En esta línea de pensamiento, con aportes innovadores, se sitúa Vilfredo Pareto, quien coincide con la anterior en rechazar la concepción marxista de que las clases sociales son el eje del proceso político y coloca en el centro de éste el papel de las elites. Para que estas puedan gobernar, deben ejercer un liderazgo inteligente basado en sus visiones y valores, ya que la mera administración del poder las desgasta, abriendo plazo a su reemplazo, como lo ilustra su alegoría de los “leones” y los “zorros”. De esta manera, en alguna medida, Pareto tiende a favorecer la “circulación de las elites”.

Robert Michels llegó a la conclusión de que los estados socialistas son tan burocráticos y oligárquicos como las sociedades capitalistas; el gobierno y la democracia no pueden entenderse ni construirse sino que dentro del marco de una organización, que le permita defenderse de la tendencia a la aplicación de una “ley de hierro de la oligarquía”, y enmarcándola dentro de la acción de unos partidos políticos que permiten el funcionamiento de la democracia que, según él, “debemos escoger como un mal menor”.

Nos llevaría muy lejos analizar la relación entre hechos y valores en el pensamiento de Benedetto Croce. Para él la realidad y los valores interactúan necesariamente en la vida social, y refutar la validez de un valor no puede servir de argumento para negar los hechos, así como estos no pueden ser el solo fundamento para proclamar valores. Para entender la existencia misma de la democracia, con su potencial de apertura o pluralismo, y sus opciones liberales o socialistas, es necesario tomar en cuenta tanto

los hechos como los ideales. Sólo la consideración de ambos factores podrán permitir a la sociedad optar por el liberalismo, el socialismo o la democracia. En definitiva, los ideales no pueden reemplazar ni rectificar las realidades, pero en el largo plazo las orientan. Independientemente del contexto histórico o de los usos políticos que tuvo el pensamiento de Benedetto Croce, éste tiene mucho que aportar al análisis de la situación - o al callejón sin salida - al cual llegó la ciencia política durante el período de postguerra.

3. EL DESARROLLO DE LA CIENCIA POLÍTICA EN LA POSTGUERRA

a) Sus antecedentes históricos

El fortalecimiento de la ciencia política después de la II Guerra Mundial, y las orientaciones que adoptó la disciplina, se explican en gran medida por las circunstancias históricas en que se desarrolló durante ese período. Stanely Hoffmann, después de radicarse en los Estados Unidos, declaró que la ciencia política era una “ciencia americana”. De hecho los grupos universitarios y las corrientes académicas que surgieron en ese país influyeron fuertemente en el desarrollo de estos estudios en otros países del mundo y determinaron sus enfoques.

Ahora bien, éstos dependieron de la responsabilidad histórica, la tradición cultural y de las oportunidades institucionales que durante ese período brindaron los Estados Unidos a los estudiosos de esta disciplina. El desafío histórico consistió en que, habiéndose visto ese país obligado a pasar de su tradicional aislacionismo a ser el líder político, económico y militar del mundo libre y el muro de contención frente a la presencia soviética, se vio enfrentado a la necesidad de asumir el manejo de numerosos y complejos problemas mundiales que van desde la reconstrucción económica y la restauración democrática en sus antiguos y nuevos aliados hasta su defensa en la Guerra Fría: problemas cuya solución requería nuevos conocimientos y experiencias y una mayor capacidad de análisis.

El marco cultural lo suministró la tradición científica, utilitarista y pragmática de la mentalidad norteamericana que, al igual que cuando procuró enfrentar la depresión de los años treinta mediante la política del New Deal, tiende naturalmente a llamar científicos sociales, economistas y técnicos para diseñar las respectivas soluciones. Las oportunidades institucionales las puso la universidad norteamericana, instituciones muy exigentes, competitivas y flexibles, que para cultivar esas características no pueden encerrarse en sí mismas sino que tienen que interactuar con su entorno social y político.

Se produjo así una vez más, al igual que en la época de new deal, un proceso de rotación de los especialistas en ciencias sociales y políticas entre posiciones académicas y responsabilidades oficiales, como una manera característicamente norteamericana de encarar una serie de problemas nuevos, cruciales y más complejos.

Este fenómeno, denominado en los Estados Unidos como de los in-and-outers, fue producido por el llamado que hizo el gobierno de Washington - y en la misma forma el Congreso - a una serie de científicos políticos y expertos en asuntos internacionales para ayudarlos a atender la creciente gama de responsabilidades que enfrentaba ese país como árbitro del orden mundial y, muy particularmente, una explosiva sucesión de problemas internacionales. Uno de los primeros analistas que ingresó a la práctica política fue W.Y. Elliot quien, a fines de los años cuarenta, trajo a la Universidad de Harvard a una serie de figuras como McGeorge Bundy, Henry Kissinger, Samuel Huntington y Stanley Hoffmann, entre otros. Huntington, con Richard Neustadt, reprodujeron esa experiencia en la Universidad de Columbia con un grupo en que participaron Graham Allison y Morton Halperin, grupo que inició la crítica a la visión racionalista de las organizaciones gubernamentales y de la formulación de sus políticas, generando más tarde el modelo explicativo de la "política burocrática". Charles Lindberg, en la Universidad de Yale, demostró en sus estudios que el margen del uso de la irracionalidad en la adopción de decisiones

es más grande de lo que se pensaba, después de haber trabajado para el gobierno de los Estados Unidos desde la Rand Corporation.

Estas experiencias, y sus motivaciones, inspiraron en gran medida las visiones de la actividad política marcadamente operacionalizables, que se desarrollaron durante la postguerra.

b) Los enfoques sistémicos

El surgimiento de enfoques sistémicos fue la más importante expresión de las preocupaciones políticas que rodearon el fortalecimiento y la reorientación de la disciplina en el mundo de postguerra. El grueso de estas preocupaciones giraba en torno a la necesidad de dar viabilidad y estabilidad a los sistemas democráticos frente a la amenaza socialista proveniente del campo soviético, o de los partidos comunistas que éste mantenía como quintas columnas en países occidentales como en Francia e Italia y, según el Senador McCarty, en los propios Estados Unidos. La necesidad de contribuir a dar respuesta a esos desafíos influyó fuertemente, por aquel entonces, en la orientación de la ciencia política. La inclinación científica y positivista de los académicos norteamericanos hizo el resto.

Se trataba de aislar y de formalizar adecuadamente el campo de estudio de la disciplina, en término de poder estudiar las organizaciones y conductas que formaban parte del mismo en forma operacionalizable y rigurosa, para ayudar a comprender sus tendencias y las direcciones deseadas. Para que el análisis fuera científico debía ser libre de valores, a diferencia de los anteriores, como los de Marx y Gramsci con sus propuestas socialistas, o de Tocqueville o Schumpeter en relación con la democracia, aún cuando de hecho estos nuevos enfoques sólo lograran enmascarar detrás de un velo científico un propósito de ingeniería social destinado a consolidar en otras partes del mundo democracias capitalistas a imagen y semejanza de la experiencia norteamericana. Por último, subyacía la intención de aproximarse lo más posible a la

epistemología y los métodos de las ciencias naturales, para asegurar el carácter científico de los estudios políticos.

Entre las que sirvieron como modelos más importantes para la ciencia política estuvo, ante todo, la biología que, dentro de su campo de análisis, estaba desarrollando la teoría de sistemas, en donde los sistemas abiertos eran particularmente pertinentes, debido a que su interacción con su ambiente externo es similar a la que tiene lugar en los sistemas sociales y políticos. Otro campo fue la cibernética que es el estudio sistemático de las comunicaciones y el control en todo tipo de organizaciones. De estas mismas fuentes surgió la investigación operativa, utilizada para predecir los resultados de determinadas organizaciones o medidas - inicialmente militares - en términos de satisfacer los objetivos previstos, un método que posteriormente tendió a confundirse con el análisis de sistemas. La influencia o convergencia de estas aproximaciones en campo de la ciencia política dio origen al predominio, durante el período de postguerra, de los enfoques sistémicos, funcionalistas o conductualistas.

Probablemente las propuestas más influyentes encaminadas a introducir los enfoques científicos en el análisis político son las de David Easton. Este enfoque consistía en describir la autoridad o el gobierno como una especie de núcleo que recibe las demandas - o apoyos - de la sociedad o la ciudadanía, las procesa y procura responder a ellas a través de decisiones, políticas y regulaciones gubernamentales. Desde este punto de vista la política puede ser definida como la asignación de beneficios - o también de restricciones - entre los distintos sectores sociales por parte de la autoridad. Son esenciales a esta visión los conceptos de sistema, de la coexistencia de distintos actores que interactúan entre sí al interior del mismo, de que éste tiene unos límites si bien también está abierto a un medio ambiente externo integrado por los sistemas sociales, económicos o culturales, de que la forma normal en que opera es la recepción de insumos (demandas) que después de procesadas generan ciertos productos (respuestas), y de que esta

interacción es lo que produce la integración de los distintos actores en el sistema político. También forma parte de esta visión la idea de cada actor o unidad dentro del sistema desempeña una función, si bien este último concepto será examinado en seguida, dentro de una breve descripción de las corrientes funcionalistas. El entorno externo al sistema, si bien fue reconocido, recibió escasa atención o permaneció en la sombra.

c) Las aproximaciones funcionalistas

El funcionalismo está implícito en el origen de los enfoques sistémicos planteados por la clara y poderosa propuesta de David Easton. Sin embargo, fue subrayado por otros importantes fundadores de la ciencia política contemporánea, como Almond en su obra de 1956 y en la de éste con Coleman en 1960. El funcionalismo es aún más dependiente de la epistemología biológica, y debió mucho a los trabajos de un notable grupo de pioneros en el campo de la antropología, como Malinowski, Radcliffe-Brown o Linton. Para ellos la sociedad, y particularmente su expresión política, más que un sistema era un organismo cuyas diversas partes - o actores - ejercen ciertas funciones de cuyo desempeño e interacción depende la operación de ese organismo en su conjunto. Un sistema social y político está esencialmente constituido por la trama de interacciones entre los roles y las actividades desarrolladas de acuerdo con las pautas de comportamiento propuestas a las personas, o a los distintos actores que integran el sistema, por la estructura socio-política que encuadra la vida de esa comunidad. Sus distintos componentes adquieren y ponen en práctica esas pautas a través de los procesos de socialización, comunicación social y articulación de intereses, entre otros. La existencia de esas pautas es lo que permite predecir el comportamiento de los distintos actores, y cuáles serán sus decisiones sobre los temas más relevantes desde el punto de vista de su interés común, contribuyendo a reemplazar la anarquía y el conflicto natural en toda sociedad por crecientes grados de estabilidad, predictabilidad, de equilibrio y de cambio, este último igualmente gradual y predecible.

Esta forma de análisis político debe mucho al aporte de Max Weber y, en forma casi contemporánea, a la inmensa obra de Talcott Parsons, un influyente sociólogo que, por una parte, actuó como puente entre la tradición europea (particularmente alemana) anterior a la segunda guerra y, por la otra, creó marcos de referencia para todas las ciencias sociales. Parsons aportó la gran visión de que la estructura, la estabilidad y el cambio de las sociedades - y por extensión de los sistemas políticos - dependen fundamentalmente de las pautas de comportamiento y, por ende, de los valores que la sociedad trasmite a sus miembros. Como heredero de Weber, pensador de la modernidad y testigo de su tiempo, Parsons ordenó esas pautas de acuerdo con las que implicaban el tránsito de una sociedad tradicional a una sociedad moderna. Las expresó, fundamentalmente, en la polaridad entre patrones de comportamiento prescriptivos o electivos; basados en una carga o en una neutralidad afectiva; orientados hacia la adscripción al grupo o la movilidad social, y en el desempeño de roles difusos o específicos. Esta propuesta tuvo una enorme influencia en las ciencias sociales, en donde McLellan y Riesman plantearon el tránsito de valores conformistas hacia la "motivación al logro", el primero, o desde una personalidad motivada desde adentro a otra orientada hacia afuera, el segundo, como las claves del acceso a la modernidad. Lo mismo ocurrió en general, para no prolongar esta historia, con la introducción del funcionalismo en el campo de la ciencia política con posterioridad a la segunda guerra. De la explicación de la estructura social a la luz de la opción que hacen las personas y comunidades entre diversas pautas de comportamiento, como la que propone Parsons, hay una pendiente natural a explicar dicha estructura desde el punto de vista de las funciones diferenciadas que cumplen en la sociedad sus distintas unidades.

Almond, basándose en Easton, define todo sistema como "un concepto inclusivo que comprende todas las acciones previamente pautadas que son relevantes en la adopción de decisiones políticas" (1956). Para este autor un sistema político se basa en la interacción entre las unidades que componen el sistema, en la estabilidad de

dichas interacciones, y en la posibilidad de cambio ordenado y equilibrado del mismo. Sus tres conceptos fundamentales son los de estructura, rol y función: la función que cumple cada unidad - o cada categoría de actores - dentro del sistema en su conjunto está determinada por el rol que allí ellos desempeñan y éste, a su vez, es definido por la forma como la estructura social define el comportamiento que se espera de sus miembros. Almond también utilizó el concepto de cultura política para explicar la forma en que es pautado el comportamiento de los actores políticos pero, como veremos más adelante, desgraciadamente éste enfoque perdió vigencia más tarde.

En 1960 Almond enfatizó su visión de que todos los sistemas políticos tienen una misma estructura y categorizó sus funciones en tres elementos principales (socialización y reclutamiento político, articulación de intereses, y comunicación política) así como en tres productos (definición de las reglas, aplicación de las mismas y distribución de sus efectos).

En suma, la visión funcionalista de Almond y sus seguidores estuvo fuertemente basada en el enfoque sistémico de Easton y ambos, a su vez, se inspiraron en los conceptos centrales de Parsons acerca del sistema social y la acción social, mostrando diversas similitudes.

d) El auge del conductualismo

Como se ha dicho, la tendencia central de la ciencia política durante la posguerra consistió en que un creciente número de investigadores comenzó a emplear métodos científicos para explicar y resolver los problemas políticos, evitando la aplicación de nociones generales y reemplazándolas por conceptos operacionales que permitieran basarse en la observación de los hechos y dar así una base empírica a sus explicaciones teóricas, a diferencia de las teorías normativas que predominaron en el pasado. Esto abrió paso con fuerza a la opción científica o conductualista en el campo de la

ciencia política, un enfoque que en ese tiempo dominó todas las ciencias sociales, y que en el análisis político abarcó y trascendió, a la vez, los enfoques sistémicos y funcionalistas.

El método de trabajo científico se basaba en la formulación de hipótesis cuidadosamente definidas acerca de qué forma adquirirían determinados comportamientos sociales, seguidas de su verificación empírica, basada en el análisis de una abundante información sobre esos hechos. Esto permitía proponer hipótesis más refinadas o precisas que antes, relacionarlas entre sí e integrarlas en el marco de generalizaciones más amplias acerca de un conjunto de comportamientos sociales, y anticipar esos comportamientos a partir de la verificación de su frecuencia estadística y de sus relaciones causales. Se deseaba pasar, así, de una teoría normativa, o alternativamente descriptiva, a una teoría probabilística de orientación más predictiva.

Ello llegó a privilegiar el análisis de micro fenómenos, la importancia de cuyo estudio era coherente con las necesidades políticas planteadas por la reconstrucción democrática y el manejo de la Guerra Fría, principalmente a través del estudio de comunidades pequeñas como en Hunter y Mills, el de las modernas organizaciones como en los casos de March y Simon o de Down, el estudio comparativo de las pautas de comportamiento prevalecientes en distintos sistemas políticos como el efectuado por Almond y Powell, y el análisis de la forma que adoptan los procesos decisivos, como el que realizara Allison. Fue esta también una época centrada en estudios de casos como el de intervención en el canal de Suez o el traslado de misiles a Cuba.

e) Discrepancias y críticas

Los enfoques sistémicos, funcionalistas y conductualistas produjeron fuertes reacciones que dieron lugar a una enconada querrela entre tradicionalistas y científicos. Los tradicionalistas, que habían dominado los estudios políticos durante largo tiempo, eran

más apegados a la historia, las instituciones, el liderazgo de los estadistas y el derecho. En verdad, ellos nunca pudieron demostrar por qué la defensa de sus fuentes de información y sus métodos de análisis los obligaban a rechazar los procedimientos basados en la verificación empírica, pero los científicos tampoco pudieron ponerse de acuerdo acerca de si sus objetivos consistían en disponer de una amplia colección de datos, en formular hipótesis rigurosamente verificables a partir de ellos, o en proponer grandes teorías. Los científicos denunciaron la insuficiencia del enfoque intuitivo de los tradicionalistas, pero generalmente aplicaron sus métodos de investigación con gran latitud, y no pudieron evitar basar sus conclusiones definitivas en intuiciones o generalizaciones, como ocurría al proponer grandes teorías de las organizaciones o de los procesos decisivos basadas en hipótesis verificadas para casos particulares.

Tratando de establecer una línea divisoria entre ambos se podría decir que su diferencia estribaba, por un lado, en la confianza en el juicio bien informado por parte de los tradicionalistas y en la desconfianza de ese enfoque por parte de los científicos, quienes necesitaban comprobar empíricamente todos los hechos conocidos antes de llegar a una generalización con respecto a la hipótesis que originalmente se habían planteado.

En otras palabras, para los tradicionalistas el juicio es el final del análisis y lo emiten después de haber revisado toda la información razonablemente disponible, con base en su formación y su experiencia académica. Para el científico, por el contrario, su propio juicio es sólo el punto de partida que le permite proponer una hipótesis acerca del comportamiento de ciertos actores, hipótesis que él debe corroborar o corregir mediante una exhaustiva acumulación de datos, sometiendo así su juicio inicial al veredicto de los hechos.

Detrás de estas discrepancias epistemológicas se encontraban, con frecuencia, factores vinculados con la formación intelectual y

las características personales de los distintos investigadores. Algunos tienen la propensión a pensar en términos prescriptivos mientras que otros necesitan dar un fundamento empírico a sus aseveraciones. Algunos pueden vivir en un mundo de probabilidades mientras que otros necesitan disponer de certidumbres. Unos prefieren las grandes generalizaciones mientras que otros se inclinan a subdividir los fenómenos que estudian. Al analizar un problema, algunos pueden aceptar la incertidumbre de suponer que las demás cosas permanecerán iguales, en tanto que otros no pueden hacerlo y deben comprobar las variaciones que ocurran en el contexto del problema.

En todo caso, durante la postguerra los científicos no sólo cambiaron el método de análisis tradicional, como ellos mismos creían, sino que el objeto mismo de los estudios políticos. El énfasis se desplazó, así, desde el estudio de las normas y las instituciones hacia la observación de las conductas y las organizaciones reales. Lo que no reconocieron, limitando así su aporte, fue el papel de la intuición y la interpretación en el ordenamiento de la información empírica disponible y en las conclusiones de sus estudios, ya sea que esta intuición constituyera un ingrediente esencial de sus conclusiones definitivas (como en el caso de los tradicionalistas), ya sea que se empleara en la definición de la hipótesis inicial de trabajo y, posteriormente, en la extensión de las conclusiones a que se había llegado con respecto a un caso particular para poder formular una teoría más amplia.

A esta discusión general, que invadió toda la ciencia política, deben agregarse críticas más específicas formuladas contra los enfoques sistémicos y funcionalistas por diversos estudios. Algunos hicieron notar que estos enfoques privilegian la tendencia al equilibrio de los sistemas políticos, tienden a exagerar su cohesión (o la necesidad de la misma para su operación y subsistencia), y que presumen la existencia del consenso y su necesidad para la mantención del sistema. Muchos hicieron notar el sesgo conservador incorporado en estos enfoques y su falta de utilidad para explicar el cambio (Barber 1956). Otros señalaron que el énfasis en la

coherencia del sistema, y de su funcionamiento, no es conducente a percibir los objetivos que se persiguen a través del mismo, así como que su tendencia a emplear visiones interpretativas basadas en sistemas cerrados aísla el análisis político del resto de la vida social (Martin Dale, 1965). Otro sesgo de estos enfoques radicaría en su preferencia por comportamientos institucionales y su dificultad para integrar al análisis comportamientos más dispersos, conductas más diferenciadas, y la presencia de un mayor número de actores en sistemas más participatorios (Clark Oappter). Analistas tan importantes como Darhendortf (1958) y Mills (1959) denunciaron el carácter etnocéntrico y parroquial de estas corrientes, su intento por proyectar el sistema político anglosajón al análisis de otras realidades, su dificultad para comprender los procesos de desarrollo político debido a su énfasis en sistemas estables y en sus funciones comunes, su aparente neutralismo valórico, y su constante sesgo ideológico. Si fuese posible encontrar algunos comunes denominadores en estas atinadas críticas ellos consistirían en la incapacidad de los enfoques sistémicos y funcionales para aceptar el pluralismo, el cambio, y el papel de los valores en la actividad política.

Este es tal vez el rasgo más general, y también más importante, que presentan las tendencias seguidas por la ciencia política durante el período de la postguerra. De una u otra manera, ellas implican la pretensión de analizar la actividad política en forma acépticamente sistémica, dejando de lado las visiones culturales, los valores y las percepciones de la gente y los grupos involucrados en dichas actividades.

Esta, por lo demás, no fue una gruesa omisión, sino que respondió al propósito deliberado de exportar el modelo anglosajón a un mundo destruido por la guerra y amenazado por el bloque socialista, presumiendo que después de la derrota del eje no había más que un modelo político viable en el mundo el cual, por carecer de alternativas, hacía innecesaria la discusión en torno a distintos valores (al menos dentro del mundo occidental). De esta manera,

sin decirlo, se presumió que habíamos llegado al “fin de la historia”, como cuarenta y cinco años más tarde propusiera Fukuyama. Así la disciplina fue instrumentalizada para permitir que los gobiernos, los grupos de poder y sus proyectos dominantes se impusieran en la sociedad, a través de una suerte de ingeniería política.

En el fondo de estas posiciones estaba la fe en una epistemología realista, para la cual la estructura y sentido de las cosas se imponían naturalmente al observador esclarecido, como un espejo, ignorando las nociones provenientes de las corrientes epistemológicas modernas - o postmodernas - según las cuales la realidad es construida una y otra vez por el sujeto, por el conocimiento, y por la práctica. Pero ahondar en esto nos llevaría demasiado lejos.

4. RENOVACIÓN DE LA CIENCIA POLÍTICA

Si es difícil sintetizar y clasificar las principales corrientes que adoptó la ciencia política en sus diversas etapas, sobre todo en un breve espacio, mucho más difícil aún es intentar una caracterización de las tendencias renovadoras surgidas en los últimos años. Primero, porque como siempre pasa en toda transición intelectual, los enfoques establecidos y las prácticas institucionalizadas se ponen en juego para afirmar la vigencia de la tradición y minimizar los cambios. Segundo, porque éstos son muy recientes, y nuestra cercanía a los hechos hace que “los árboles no nos dejen ver el bosque”. Tercero porque, como veremos, estas tendencias al cambio se originan, en general, en el ámbito del análisis social, cultural o epistemológico, fuera de la ciencia política formal e institucionalizada, por lo que sus cultivadores las ignoran o descartan.

Vale la pena destacar tres antecedentes que ayudan a comprender estos cambios.

El primero es la desaparición de las circunstancias históricas en que se constituyó la ciencia política durante el período de

postguerra. Y no me refiero en primer lugar al fin de la Guerra Fría, sino a la crisis de la modernidad en la forma que había adoptado desde la mitad del siglo pasado, y al surgimiento de nuevas actitudes epistemológicas y culturales que, sea que se engloben o no bajo el concepto de postmodernidad, representan un quiebre profundo en dicho proceso histórico. Este quiebre pasa por el rechazo de los grandes modelos o proyectos de ingeniería social, de su capacidad de regimentar la vida de los ciudadanos desde la cuna hasta la tumba, y de la subordinación de la vida privada a las instituciones públicas, para expresarse en la revalorización del sujeto, de su creatividad, y del pluralismo y la diferenciación en los campos de la sociedad, la política y la cultura. Esa opción por el sujeto frente al modelo (el sábado por causa del hombre se ha hecho, no el hombre por causa del sábado), de la creatividad sobre la regulación, y de lo cualitativo sobre lo cuantitativo, tornan inadecuados los enfoques sistémicos o funcionales, que presumían una básica homogeneidad entre los distintos sistemas políticos, así como también de la escuela científica con su énfasis en la acumulación de datos empíricos sobre comportamientos individuales abstraídos de su contexto social y sus motivaciones valóricas.

El segundo elemento contextual es, precisamente, el fin de la Guerra Fría y el derrumbe de los socialismos reales. Este hecho histórico privó a la política - y al pensamiento político - de los países occidentales de su tradicional enemigo y no sólo eliminó el antiguo antagonismo, sino que incluso la opción, entre democracias liberales y gobiernos socialistas. La eliminación de esta pugna, y del miedo que inspiraba, reforzó las tendencias diversificadoras, pluralistas y cualitativas que venían manifestándose en la sociedad y en la política de los países occidentales desde bastante tiempo antes. Como dice Sartori (1994) "con el derrumbe del comunismo se cierra un ciclo histórico y cambia, para citar a Ortega, el tema de nuestro tiempo". Agrega que estamos a punto de ser inundados por escritos que "re-piensen" la política y la democracia. Pero repensar la política no consiste en repetir la "revolución cultural" de 1668, ni volver a caer en el reduccionismo liberal que provocó

esa revolución ni en el infantilismo populista a que ella dio nacimiento. Y no puede reincidir, sobre todo, en la ignorancia y la falta de análisis acerca de la matriz cultural de donde nacen las tendencias y los comportamientos políticos.

Un tercer aspecto se refiere a que el examen de estas tendencias renovadoras muestra que, de diversas maneras, estas se encuentran menos aisladas de la tradición histórica del pensamiento político que los enfoques formalistas y cuantitativos del período de postguerra y que, por el contrario, retoman el diálogo con los temas centrales de dicha tradición teórica: la relación entre el hombre y la sociedad, la política como el gobierno que ésta se da para el manejo de sus asuntos, la búsqueda del buen gobierno, garante de la calidad de vida, el papel cultural de la clase política y la importancia de los valores y, por lo tanto, de la cultura cívica.

Diversas corrientes de pensamiento durante los últimos dos siglos han utilizado este último concepto para explicar la estructura social y el comportamiento político. Uno de los intentos más antiguos en tal sentido se centró en la elección de indicadores objetivos capaces de definir una cultura política en términos de los valores y normas aceptados por una sociedad dada (Durkheim). Otras aproximaciones sociopsicológicas explicaron las orientaciones del comportamiento individual - y, a través de él, la estructura social - en función de determinados valores o pautas de comportamiento que distinguen una sociedad tradicional de una sociedad moderna (Parsons). Una tercera corriente intentó reconstruir la cultura política de una sociedad a través de un camino heurístico, procurando explicar las instituciones y comportamientos sociales en función de su mayor o menor aproximación a determinados tipos ideales, como un gobierno autoritario, carismático o racional, una sociedad jerárquica o competitiva, o bien materialista o cualitativa (Weber, Dell).

El supuesto central del concepto de cultura cívica, tal como fue retomado - y posteriormente perdido - en la evolución de la

ciencia política durante el período de postguerra, consiste en que los comportamientos políticos y sociales giran en torno a un conjunto de valores, preferencias y pautas consensualmente aceptadas. La adecuación de esta tradición, y su inserción en las corrientes de postguerra, adolecieron de la falla fundamental de que, para ser coherentes con los propósitos y orientaciones de la disciplina, el concepto de cultura cívica debía ser vaciado de su carga de valores. Ello era, por una parte, absolutamente contradictorio con el concepto mismo de cultura. Por la otra, esta pretensión de que la cultura cívica era una realidad neutral y de que sus elementos valóricos debían tratarse como una "caja negra", de hecho sirvió para ocultar que en realidad este análisis era funcional a un proyecto encaminado a la difusión y expansión transnacional de las sociedades industriales, mediante la implantación de sistemas políticos, económicos y sociales a su imagen y semejanza.

Los principales arquitectos de ese concepto (Almond y Verba) afirmaron que éste apuntaba a la particular configuración de actitudes, sentimientos, informaciones, habilidades e inclinaciones que posee la sociedad en un momento dado con respecto a sus objetivos y a la forma de organizar el sistema político, concebido como un instrumento para lograrlos. Tratando de analizar esas variables desde un punto de vista comparativo, con base en encuestas realizadas en cinco países distintos, propusieron tres tipos ideales, a saber, una cultura tradicional o parroquial, un tipo de cultura racional y emprendedora, y una cultura participativa o ciudadana. Las cinco encuestas demostraron que solamente en Gran Bretaña, y en menor medida en los Estados Unidos, la cultura política presentaba las características atribuidas a estos dos últimos modelos.

El primer ataque a esta línea de análisis provino, probablemente, de Ronald Inglehart, quien, con el auspicio de la Comunidad Europea, realizó un estudio a fines de los años sesenta en seis naciones diferentes, registrando cambios profundos en el comportamiento ciudadano, en su apoyo a los partidos y a las instituciones políticas, y en sus valores o preferencias. Entre estos

cambios se anotaron la declinación de las lealtades de clase en la afiliación a los partidos, una creciente preferencia por la participación ciudadana vis a vis la militancia partidista y la obediencia a las cúpulas, la creciente importancia asignada a los estilos de vida y oportunidades de consumo de bienes materiales y culturales en la política contemporánea, la aparición de nuevos actores como la juventud y la mujer, y una desvalorización de las ideologías frente a un creciente interés por la libertad de elegir y por la calidad de la vida. Inglehart identificó esas tendencias con el nacimiento de una cultura política de carácter postmaterialista que, más tarde, comenzaría también a ser explicada bajo el concepto de la postmodernidad. Sus conclusiones se incorporaron a un estudio en gran escala realizado por la OCDE (Interfutures, 1970). Estos cambios se desarrollan por lo menos en tres direcciones.

“Los valores del público occidental - se señala en ese informe - han estado cambiando desde un énfasis abrumador en el bienestar material y la seguridad física hacia un mayor énfasis en la calidad de la vida. Las causas y las implicaciones de este cambio son complejas, pero su explicación básica puede ser formulada en forma simple, y consiste en que la gente tiende a preocuparse más por sus necesidades inmediatas que por aquello que parece más remoto o menos amenazador. Actualmente una proporción sin precedentes de la población del mundo occidental ha sido educada bajo excepcionales condiciones de seguridad económica”. Esto, unido a la desaparición del temor físico proveniente de la Guerra Fría, han estimulado el interés por los aspectos cualitativos de la vida social y política (la cita es de Inglehart, 1977, análisis ampliado en su obra de 1990).

Al mismo tiempo, “una proporción creciente del público en esas sociedades ha pasado a tener un interés y una comprensión suficiente acerca de la política nacional e internacional como para participar en forma más amplia en el proceso de adopción de decisiones en todo los niveles” (ídem). El aumento del deseo y de las oportunidades de participación política se desarrolla conjuntamente con el fortalecimiento de la sociedad civil,

contribuyendo ambos a incrementar la capacidad ciudadana para organizarse colectivamente en la prosecución de intereses específicos, y para manejar problemas de interés público.

Por otro lado, señala otro autor, “vivimos en una época en que la experiencia privada de poder descubrir una identidad personal, un destino que cumplir, ha llegado a constituir una fuerza política subversiva de grandes proporciones” (Roszak). Algunos han confundido este nuevo ethos de la identidad personal con el tradicional individualismo característico de la edad moderna. No distinguen entre los nuevos impulsos hacia el crecimiento personal, por una parte, y la orientación capitalista hacia la ventaja individual y la acumulación materialista. Lo que en cambio sí es subversivo, según otra autoridad de las ciencias sociales, “no es un proyecto centrado en la reflexión sobre el sujeto sino es que el ethos del crecimiento personal resume las grandes transiciones sociales de la última etapa de la modernidad en su conjunto: un pujante cuestionamiento de las instituciones, la liberación de las relaciones sociales frente a los sistemas abstractos, y la consiguiente interpenetración entre (lo público y lo privado) y lo local y lo global” (Giddens). Se puede distinguir así un cambio de énfasis en la agenda pública entre una política del logro y una política de la vida y entre una sociedad cuantitativa y una sociedad cualitativa.

Que hay fuertes tendencias al cambio en el análisis político, y que la mayor de éstas se han generado fuera de los parámetros formales que hoy encierran a esta disciplina, parece bastante claro, aunque esta última circunstancia tienda a oscurecer la percepción de este hecho. Lo que puede ser más discutible es que el énfasis central de estas tendencias al cambio sean las anteriormente mencionadas, con su énfasis en los aspectos cualitativos, la primacía del sujeto y la sociedad frente a las instituciones, y la aspiración hacia una creciente participación ciudadana en la vida política. Ya advertí que la elección de los hilos conductores que van marcando la evolución de la ciencia política en sus distintas etapas, fue una decisión necesariamente personal y arbitraria, como lo fue también

decisión necesariamente personal y arbitraria, como lo fue también la demarcación de esos períodos. Incluso estoy consciente de que también es discutible que haya un hilo conductor detrás de estos esfuerzos renovadores. Sin embargo, como conclusión, quisiera hacer tres comentarios.

5. ALGUNAS CONCLUSIONES

Es evidente que tanto a nivel intelectual como social y político - no incluyendo en este último a las organizaciones partidistas, sus cúpulas y operadores - hay malestar con la política; con el estado grande y burocrático heredero del pasado; con su centralismo y con la falta de una descentralización efectiva; con las pretensiones monopólicas y protagónicas de los partidos políticos; con la forma de hacer política, de formular las políticas públicas y de hacer participar en ellas al ejecutivo, el legislativo y los distintos sectores sociales, como el mundo empresarial y laboral, las regiones y la gente. Sobre todo, hay descontento con el nivel del diálogo político, centrado en un urgencias de corto plazo, y generalmente en conflictos, en lugar de girar en torno a ideas.

Por otra parte, hay que recordar que existe un importe y diversificado cuerpo teórico dedicado a promover una revisión profunda en el análisis político, algunos de cuyos autores se citan al comienzo.

Aquí se ha señalado el abandono de los marcos de análisis uniformes representados por los enfoques sistémicos, funcionalistas y conductualistas, y supuestamente neutrales desde el punto valórico, adecuados para emprender proyectos de análisis e ingeniería política encaminados a promover la implantación del modelo de democracia capitalista que se impuso en el mundo de postguerra, bajo el liderazgo de los Estados Unidos, y que parecía necesario tanto para mantener el orden y la prosperidad dentro de ese ámbito como para contener la amenaza de la propuesta marxista, y su reemplazo por una línea de análisis más indeterminada, pluralista y, al mismo

tiempo, valórica, como una línea central que es posible reconocer en la transformación en el análisis político durante los últimos decenios. Si hay una línea central y si fuera la que he señalado - dudas que ya se han expresado - ésta, naturalmente, implicaría la emergencia o el fortalecimiento de otras visiones consecuenciales o complementarias con respecto a ella. Estas visiones son múltiples, visibles y de gran riqueza, pero detenerse en ellas debilitaría la capacidad de dicha hipótesis para invitar a la reflexión, la crítica y el debate. Solamente mencionaré tres.

Primero, la pérdida de interés tanto en los temas formales de que tradicionalmente se ocupó la disciplina - las formas de gobierno, sus instituciones, los partidos políticos o los grupos de presión - como en los procesos abstractos en que se centraron los enfoques sistémicos, funcionalistas y conductualistas, y la reorientación hacia la práctica: el estado, la sociedad, la participación, la identidad, y las políticas a través de los cuales el estado se relaciona con la sociedad y con la base. Cuando aquí me refiero a la práctica no la contrapongo con la teoría sino que la identifico con las prácticas empleadas por la gente - la ciudadanía - para manejar los asuntos de interés público, y para organizar con ese objeto el proceso de gobierno, usando la concepción de "práctica" en el sentido de la epistemología reciente de las ciencias sociales. La literatura de más calidad, sobre temas más actuales, y que despierta mayor interés se refiere abrumadoramente a este tipo de problemas.

Segundo, el énfasis también se ha desplazado desde las estructuras y vías formales establecidos para mantener en la relación del gobierno y la ciudadanía (los nervios del gobierno), hacia aquellas experiencias reales, más innovativas y difusas, en que la sociedad expresa sus intereses y procura participar en la adopción y aplicación de las decisiones que se toman con el objeto de satisfacerlo. Se trata, a nuestro juicio, de otra forma de rechazo al excesivo formalismo de que adolecieron las representaciones de la actividad política tanto en las visiones tradicionales como en las corrientes de postguerra y de un intento por capturar, de diferentes maneras, el

pluralismo real que muestran las sociedades en la etapa actual de la modernidad. El concepto de poliarquía de Dhal, y más aún los alegatos en favor de una democracia participatoria efectuados por Barber, son versiones de larga data de esta preocupación, que han sido seguidas de una amplia gama de análisis, cada vez más diversificados y enraizados en la realidad, en tal sentido.

Tercero, el hecho de que gran parte de las tendencias al cambio del análisis político - considerado en un sentido amplio - provenga de la reflexión epistemológica y socio-cultural que rodea a este análisis, no es un fenómeno académico sino un reflejo de la realidad. La actual realidad socio-política no sólo tiende a ser más cualitativa sino que también es más compleja que la que predominó en el pasado. Ambos rasgos hacen indispensable introducir en su análisis una gama más amplia de variables que escapan a las que tradicionalmente definió la ciencia política establecida como sus categorías de análisis. Por eso, rechazar los aportes provenientes de esas perspectivas en nombre de lo que debería ser el objeto de la ciencia política, desde un punto de vista tradicional, no sólo implicaría descartar otras perspectivas teóricas sino que - lo que es más importantes - ignorar la transformación de la realidad socio-política.

A la luz de estas consideraciones, que deben tomarse como propuestas para desarrollar un debate, conviene reconstruir la evolución de los estudios políticos dentro del marco de las ciencias sociales. En el caso de nuestro país, se trata de una tradición heterogénea fragmentada y discontinua, acerca de la cual se han efectuado pocos y someros análisis. Esto último no es casual, ni es el resultado de una opción por evitar dicho esfuerzo, sino que principalmente es la consecuencia de una institucionalización poco integrada, transparente y comunicativa de esta disciplina en Chile. Es, precisamente, el medio de defensa de sus distintos enclaves frente a la exigencia de abrirse a las corrientes actuales y al riesgo de la competencia. Por lo demás, el amplio intercambio de roles entre sociólogos, científicos políticos y especialistas en relaciones

internacionales que se ha dado aquí por diversas circunstancias, tanto académicas como históricas, determinan que aislar el desarrollo de la ciencia política de las demás ciencias sociales sea poco factible y objetivo.